

mano. Esto basta para darme el derecho de deducir que la fe divina ó religiosa no es un accidente de nuestro espíritu, sino su estado general y verdadero, y que el hombre cree en Dios tan espontáneamente como cree en el hombre; lo que no quiere decir que crea sin trabajo y aun sin combate. Nada es mas natural al hombre que vivir, y no obstante la vida no es cosa que no cueste ningún esfuerzo. La vida es un trabajo y un combate. ¡Cuánto mas no lo ha de ser la fe, puesto que la fe lleva en su definición misma la idea de una virtud, y que toda virtud es trabajosa de engendrar á causa de las pasiones que se oponen á su reinado sobre el alma.

No os admireis, pues, si es necesario algun cuidado para creer, como para ser justo, veraz, casto, honrado; y admiráos mas bien de que sea necesario tan poco trabajo, puesto que la fe es no solamente una virtud humana, sino una virtud divina, y la puerta de todas las que conducen á Dios. Vosotros no creéis, y deducís de aquí que es imposible la fe; en cuanto á mí, yo deduzco que no haceis lo que es necesario para creer, y voy á probaroslo en pocas palabras.

La primer causa de la incredulidad es la ignorancia voluntaria. Así la fe como la ciencia no pueden adquirirse sin cierta aplicacion del espíritu. Desde que el espíritu no se aplica, es inerte, cesa de ser una potestad y es respecto del objeto de que se desvia, como si no fuese. ¿Qué son las matemáticas para una inteligencia que jamás ha reflexionado en las leyes del número, de la extension y del movimiento? ¿Qué es la filosofía para un hombre que jamás se ha preguntado lo que es el ser, la idea, lo absoluto, lo relativo, la causa y el efecto? Y por la misma razon, ¿qué es la fe para un alma que jamás ha pensado seriamente en las relaciones necesarias de la criatura con Dios?

Señores, sed sinceros; ¿en qué edad y con qué estudios habeis decidido que la religion es un error? ¿Es á los cuarenta años? No, lo habeis decidido á la flor de vuestra edad, en el momento en que, salidos de las mantillas de la infancia, hacian juntos el raiocinio y la pasion su gozoso advenimiento en la superficie conmovida de vuestro ser. Sencillos y sumisos hasta entonces, piadosos adoradores de los pensamientos de vuestra madre, nada habiais examinado ni negado; vivíais de una fe pura como vuestro corazon. Pero apenas hizo conocer á vuestros sentidos y á vuestra inteligencia la doble pubertad del hombre su vivo aguijon, cuando, sin daros tiempo á madurar vuestra fuerza, no pudiendo soportar los misterios de la naturaleza y los misterios de Dios, se apoderó de vosotros la ver-

güenza de creer, al mismo tiempo que perdíais esa otra vergüenza que es la divina guarda de la inocencia. Incapaces aún de acto alguno viril, habeis dado soberanamente una sentencia sobre el hombre y sobre Dios; habeis dudado, negado, apostatado, despreciado á vuestros padres, acusado á vuestros maestros, entregado á vuestro tribunal las virtudes y los dolores de los siglos, hecho en fin de vuestra alma un desierto de orgullo. Despues, hecha esta ruína, habeis elegido para vuestro objeto una de las ambiciones del hombre, la gloria de las armas ó la de las letras, ó menos aún, segun el azar, y todo el esfuerzo de vuestras facultades se ha dirigido hácia la idolatría de vuestro porvenir. No habeis aprendido nada sino para ser un dia el héroe efectivo de vuestros ensueños; habeis sacrificado vuestros dias y vuestras noches á esta imágen egoista, no reservando de ella una parte secreta y desconocida sino para el otro egoismo del hombre, la voluptuosidad. Y jamás se os ha aparecido la religion durante este doble y triste ensueño, sino como un recuerdo fútil de vuestros primeros años, como una debilidad ó una hipocresía de la humanidad. No os habeis dignado darle una hora, una lectura, un deseo, y si algunas veces, atraído por un nombre célebre, habeis pasado el umbral de una basilica ó de un libro, lo habeis hecho con la altivez de un espíritu que ha juzgado y que no piensa enmendar su sentencia. ¡Oh confianza de la juventud en el error! ¡Oh seguridad de las almas que no han visto mas que la primer aurora de la vida! ¡Oh cuán bueno ha sido Dios en no llamarnos en esta hora de la ignorancia y del encantamiento! Porque ya no os halláis, señores, la mayor parte de vosotros, en las cándidas certidumbres; el tiempo os ha traído la duda y los oscuros presentimientos de la verdad. Comprendeis que vuestra incredulidad ha nacido de un acto pueril, y que necesita para vuestro honor y vuestro reposo de una ratificacion.

Este segundo trabajo, este trabajo de reflexion y de exámen, es el que funda la fe en el hombre y le mantiene en la humanidad. La fe sin duda es tambien un don de la infancia; echa sus raíces en el alma que acaba de nacer, pero la accion lenta de la vida es la que la lleva á su madurez. Cuando el hombre ha visto al hombre por espacio de largos años, cuando ha conocido su debilidad y su miseria, por experiencias que no le dejan la menor duda, y cuando ya la gran figura de la muerte le trae de mas cerca la última profecía, entonces su mirada se hace naturalmente mas profunda. Discierne mejor la huella divina, porque conoce mejor lo que no puede el hom-

bre, y la laxitud de las cosas presentes le abre tambien el gusto de las cosas que no se ven. Por esto ha dicho perfectamente un escritor, de cuyo nombre no me acuerdo : « A los veinte años se cree que es falsa la religion ; á los cuarenta se comienza á sospechar que puede ser verdadera ; á los cincuenta se desea que sea cierta ; á los sesenta, ya no se duda de su verdad. » La luz marcha al mismo paso que la vida, y la muerte, desengañándonos de todo, acaba esta revelacion continua que habia comenzado para nosotros en los labios de nuestra madre. El niño y la mujer son la vanguardia de Dios, el hombre maduro es su apóstol y su mártir ; vosotros, jóvenes, vosotros no sois mas que sus tráfugas de un día.

Yo sé bien, señores, que la ignorancia voluntaria no explica por sí sola el fenómeno doloroso de la incredulidad, y que hay hombres versados en las cosas religiosas que no llegan á obtener la dicha de la fe. Raros son los ejemplos de esto, pero los he hallado. Estos hombres son víctimas de una pasion, la mas tenaz de todas que es el orgullo de la ciencia. El orgullo de la ciencia es esa infatuacion de un entendimiento embriagado de sí mismo, que se mira en lo que sabe, como Narciso en su fuente, y que juzgando todo límite una injuria á su capacidad, quiere tratar con Dios de igual á igual. No estudia por amor á la verdad, sino contra ella ; tiénese por feliz en levantar nubes, en descubrir un grano de arena, que sea una blasfemia y que poder arrojar contra el cielo. Si mira los astros, es para descubrir en ellos el secreto de la eternidad del mundo ; si descende á las entrañas de la tierra, es para buscar en ellas armas contra un gran hecho bíblico ; si interroga los necrópolis del Egipto ó las ruínas de Babilonia, es para oír en ellas una voz que niega algo de las mas auténticas tradiciones. Su ciencia no es mas que un duelo encarnizado entre él y Dios.

¿Qué podrá permanecer verdadero ante semejante pasion ? ¿Quién la aceptaria por juez ? La fe, lo hemos dicho, es un acto de confianza ; supone la sinceridad de un corazon recto y amante. Ahora bien, las gentes de que hablo no creerian ni aun en demostraciones matemáticas si tuvieran por objeto y por conclusion verdades del órden religioso. Querrian mejor, como Juan Jacobo, declararse por locos, que declararse convencidos. Y en verdad, señores, no es esta una pintura imaginaria. Interrogad los recuerdos de vuestra conciencia : ¿Jamás os habeis estremecido de alegría al descubrir en la historia ó en la naturaleza algo que os ha parecido marcado con el signo anticristiano ? ¿No habeis batido jamás las palmas cuando se

os decia : Hé aquí un argumento contra Jesucristo ? *Pedid y os será dado ; buscad y encontraréis ; llamad y se os abrirá* (1) : tal es la primera condicion para llegar á la fe. En vano se detiene el sol en lo mas alto del firmamento, si la luz no es para nosotros mas que una razon para rehusarle nuestras miradas.

En fin, señores, la tercer causa de la incredulidad es la depravacion de las costumbres. No quiero decir que todas las debilidades de nuestra desdichada carne sean un obstáculo para la fe, puesto que la misma fe es el principio de la castidad, y que Jesucristo pronunció contra los fariseos esta divina palabra : *Las mujeres que llamáis perdidas os precederán en el reino del cielo* (2). Hay un vicio humilde ; un vicio que se conoce, que se desprecia, que hiere su pecho : no diré que es querido á Dios ; pero Dios puede curarle, como curó á la Magdalena. Mas hay al contrario un vicio emponzoñado de orgullo, un vicio que levanta la cabeza, que se rie y se burla : este vicio es odiado por Dios, y es un obstáculo casi invencible á la fe, porque es la reunion de dos perversidades que se excluyen por naturaleza, y cuya concurrencia quita al alma los únicos recursos del bien. Ya el orgullo, aun enteramente solo, es tan insupportable á Dios, que prefiere el vicio humilde á la virtud soberbia ; ¿qué será, pues, el vicio enorgullecido ? Ahora bien, nada es menos raro que esta lamentable disposicion del corazon : siendo esclavo de las inclinaciones mas viles y de las prácticas mas vergonzosas, se envuelve en la altanería de una conciencia sin tacha ; apelan á su honor, á su probidad, á su genio, y cubren con el nombre de amables debilidades la prostitucion de todos los sentidos al deleite. Emplean medio siglo en pervertir en torno suyo la ignorancia de la juventud y la belleza de la virtud ; y despues de haber precipitado en la abyeccion muchas almas cuyos despojos ni aun se dignan respetar en su memoria, en lugar de decir á Dios como San Pedro : *Señor, retiráos de mi, porque soy un hombre pecador* (3), se quejan de la poca luz que ha puesto Dios en sus obras, y le imputan la desgracia que tienen de no conocerle y de no servirle. ¿Creéis, señores, que merezcan milagros tales quejas, y que haya culpa en Dios por no responder sino con el silencio y el endurecimiento ? ¡ Oh ! sí, *las mujeres que llamamos perdidas nos precederán en el reino del cielo*, porque casi todas han sido víctimas ántes de ser mercenarias, y por-

(1) San Mateo, cap. 7, vers. 7. — (2) San Mateo, cap. 23, vers 34. — (3) San Lucas, cap. 5, vers. 8.

que del fondo de su bajeza ó abatimiento suelen levantar á Dios esa mirada dulce y humilde que es mas que un remordimiento, si no es aún una virtud. Dios las oirá; él oye el menor suspiro sincero, y él acaba de formar toda lágrima que comienza para él. Pero respecto del orgullo de la ignorancia, del orgullo de la ciencia, del orgullo del vicio, él los desprecia á todos tres; les espera en el dia en que cantarán los ángeles por segunda vez, en presencia de todo el universo reunido, él himno de Dios hecho hombre: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (1)!*

No terminaré, señores, sin dedicar un pensamiento á la gran semana cuyos dolorosos recuerdos vamos á celebrar. Esta fué la semana de nuestra salvacion, y lo es aún hoy dia. De lo alto de esa cruz que la Iglesia acaba de cubrir con un velo, no para ocultárnosla sino para hacernos mas presente y mas amargo su duelo, ha veinte siglos que clamans á vosotros la verdad, la justicia y el amor. Oidles en fin, y no desdeñeis tan gran paciencia en una luz tan grande. Vosotros á quienes os advierte la edad sobre las cosas serias, oid el consejo del tiempo que se agrega para vosotros á la voz de Dios. Vosotros á quienes promete la juventud largas horas de gracia, oid lo que hay de mas tierno para vosotros en el llamamiento sangriento de la Pasion. Está escrito que despues que fué arrestado el Salvador, cuando le abandonaron todos los judíos, se vió á un jóven que le seguia detrás envuelto con una mortaja sobre su cuerpo desnudo. Las guardias se arrojaron á él para detenerle, pero les abandonó el sudario y se escapó de sus manos. Este jóven, señores, sois vosotros; es la juventud que debia nacer un dia del cristianismo, no ya deshonrada por vicios sin esperanza, sino sujeta á seducciones, despues á conversiones, conservando en el mal la curiosidad del bien, incapaz de perseguir lo justo, y siguiéndole de lejos en las sombras del mundo con simpáticos presentimientos. Tales érais en la tarde de la Pasion, en aquel jóven vuestro precursor, tales sois hoy dia. Estáis desnudos; llevais el sudario de la muerte y del pecado, y mientras oís inciertos al pié de esta cátedra la palabra sin tacha de la vida, quizás va á poner la Providencia sobre vosotros esa mano bendita que ha hecho y que busca al hombre: ¡Ah! yo os lo suplico, no huyais de ella, dejadle vuestro sudario volviéndole vuestro corazon.

(1) San Lucas, cap. 2, vers. 14.

## SERMON QUINCUGÉSIMO NONO.

### Del sacramento.

No basta la profecía al comercio sobrenatural del hombre con Dios. Ella ilumina la inteligencia, elevándola á pensamientos que no le inspiraria el espectáculo de las cosas finitas; pero la inteligencia no es mas que una parte del hombre, y depende, para moverse, de una facultad que la pone en vaiven, y que es el primer resorte de todos nuestros actos, aunque ella experimente á su vez la influencia de las doctrinas depositadas en el entendimiento, quiero decir, la voluntad. La voluntad es el principio de la actividad libre. Si se detiene en la órbita de la naturaleza, mientras que la inteligencia es llevada mas alto, habrá desacuerdo en las tendencias de nuestro ser, y la obra de la comunicacion divina no se realizará. Es necesario que reciba la voluntad un impulso sobrenatural, al mismo tiempo que experimenta la inteligencia una iluminacion del mismo orden; y que así, marchen todas nuestras facultades juntas á la conquista y á la plena posesion de lo infinito. Por esto, el espíritu de Dios, que se llama el *Espíritu de verdad* (1), se llama tambien el *Espíritu de fuerza* (2); y Jesucristo al prometerlo á sus apóstoles, se lo anunciaba bajo esta doble forma, la una de luz, la otra de potestad ó virtud. Y sin duda alguna, en la accion profética, no deja de tener lugar esta doble efusion; la gracia iluminativa encierra tambien una gracia atractiva que, aunque es suficiente para ayudar la voluntad, no lo es para fundar en ella el reino constante de la justicia, de la vida y del amor divinos. Así como Jesucristo, despues de haber revelado á sus apóstoles el misterio del Evangelio y comenzado en ellos la obra de la regeneracion, puso en él el sello por el don del Espíritu Santo que debia confirmarles con su omnipotente fuerza; así toda alma preparada ya para oír la palabra de Dios, debe recurrir al sacramento para tomar en él la virtud vivificante que exalta la voluntad y la establece

(1) S. Juan, cap. 14, vers. 17. — (2) Actos de los Apóstoles, cap. 1, vers. 8.